

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



**Comentarios sobre “Alternativas al neoliberalismo y bloque popular”
de Francisco Hidalgo**

Jaime Breilh

COMENTARIO SOBRE “ALTERNATIVAS AL NEOLIBERALISMO Y BLOQUE POPULAR” DE FRANCISCO HIDALGO

Jaime Breilh

Agradezco a todos/as los/as presentes por haber concurrido a este importante evento con el que el CINDES presenta y celebra la aparición de una importante obra de uno de sus más distinguidos integrantes y quiere compartirla con un selecto grupo de compañeros, dirigentes y amistades.

.....Aquí mis comentarios:.....

Hablar sobre el libro de un compañero tan próximo en la vida y en la lucha, es en última instancia, un delicado ejercicio de respeto y un desafío de equilibrio. Me he propuesto ejercer ese respeto con autenticidad y hacer que el afecto no se exprese como un simple adulo, sino como un descubrimiento, afectuoso eso sí, no tanto de lo que la obra ha resuelto definitivamente, sino de sus hipótesis suscitadoras, para encarar la vida y los sueños y descifrar los enfrentamientos.

Conocimos al Pancho, al “Panchito”, como invita a llamarlo su carismática cordialidad, hace más de veinte años; eran fines de los convulsionados 70s. Convergíamos a una posición de lucha por lo humano –por la contrahegemonía-. No lo hacíamos debido a un hambre físico, nos movía más bien desde entonces, el denominador común de una sed de justicia. El venía de los rigores de una disciplina militante, nosotros bregábamos por un espacio para la ciencia comprometida. Descubríamos juntos que es a la misma hora, más o menos las 4 de la mañana, en que comienzan a pintarse los primeros graffiti, cuando se abren también, junto con la aurora, las jornadas de trabajo científico. Cuánto habría de servirnos a todos el comprender desde entonces los variados caminos que unen y entrelazan una vida de lucha.

Qué aleccionador es mirar atrás; apoyarse en los hombros de la historia, de nuestras raíces, para mirar adelante. Veo ahora esos primeros años del encuentro y caigo en cuenta que, por esa dialéctica de la coherencia, no somos los mismos, pero somos iguales. No somos los mismos, porque cada uno de nosotros y la Patria entera hemos cambiado, nuestras ideas han evolucionado y crecido en amplitud y profundidad, pero somos a la vez iguales, porque seguimos siendo humanistas en el más profundo y marxista sentido de la palabra, y porque no hemos renunciado ni a una sola coma del sentido emancipador del proyecto histórico popular.

En todo este largo camino, nuestras generaciones han atestiguado el arduo proceso de la cultura y de las ciencias sociales. Hemos visto cómo la visión emancipadora se tiene que abrir paso contra sucesivos ataques y confusiones. Recordamos como hito significativo, las enconadas luchas de la cultura nacional, del arte libre, por romper las ataduras de una hegemonía cultural de estilo cortesano, y el denodado empeño de los artistas ecuatorianos más incisivos, por recrear, con variable discurso estético, el papel que Teodoro Adorno describió certeramente para el arte, como “testigo de la razón emancipadora”. Atestiguamos igualmente, la lúcida confrontación del pensamiento crítico contra los funcionalismos de cada ciclo regresivo de las ciencias sociales. Espiral contrahegemónica, magníficamente representada por la generación de Agustín Cueva, por ejemplo, que enfrentó con tenacidad las doctrinas neofuncionalistas de

turno, ejemplo importante precisamente ahora que se vive el intento por darle estatuto posmoderno a la hegemonía.

El libro de Francisco Hidalgo surge justamente en uno de esos nudos históricos en que se juega una carta brava el avance de la humanidad y su pensamiento; sólo que ahora el panorama se complica, o talvez favorece, por la inédita polarización de la riqueza y la paradójica coexistencia de un vasto y ultra tecnológico aparato de dirección cultural y comunicación globalizada y el simultáneo resquebrajamiento de las bases sociales y credibilidad, en que se sustenta y legitima esa hegemonía global; motivo por el cual los círculos del Poder apuran en sus agendas el tema de la gobernabilidad.

Pero mientras engranajes como los del FMI, nos atenazan y exprimen con su implacable estrategia, se levanta un concierto cada vez mayor de pueblos del mundo, que despiertan de la noche neoliberal para reclamar su derecho a la vida y a un planeta que nos usurpan a cada paso. Oleadas de manifestantes de todas las edades y procedencias, pero unidos por una firme oposición a este holocausto posmoderno, invaden las calles de Seattle y Washington, de Bonn, París y Londres; de Brasilia, Buenos Aires, Caracas y Quito; para exigir el desmantelamiento de los programas neoliberales y para poner al desnudo su escandaloso fracaso, vestido del irónico ropaje de una supuesta revolución posmoderna. Esas voces articulan un gran contramensaje global: “los pueblos del Mundo debemos demandar a los artífices del FMI, del Banco Mundial y de la Organización Mundial del Comercio, ante tribunales como el de Nürenberg, por los crímenes contra la humanidad que encarnan sus políticas”. Un llamado a arremangarnos la camisa de la dignidad y de la creatividad solidaria, para construir un mundo radicalmente distinto; una tierra de puentes y brazos tendidos, y no de diques y de barreras mentales, donde se amplifique y florezca en mil batallas por lo humano, la unidad que aquí en este salón, y en la movilización política nacional, comienza a mostrar, por fin, la confluencia unitaria de los partidos democráticos, de los indígenas, de los movimientos sociales; a fuerza de historia empezamos a comprender que no hay otro camino que la extirpación del cáncer del sectarismo clientelar, y no hay mejor vía para conquistar las reivindicaciones específicas de cada sector, que empujar, unitariamente, la gran reivindicación emancipadora del conjunto. No hay cambio posible de la estructura monopólica de la propiedad, que reclaman históricamente los partidos de izquierda, que no pase en este país por la conquista de los derechos nacionales de los pueblos y naciones indígenas, de las rupturas que construyen las mujeres progresistas para derrocar la inequidad de género, del verbo liberador que expresa el pensamiento religioso libre desde su bautismo en la lucha revolucionaria de Cristo; pero a la vez, no hay salida a fondo para los reclamos de las naciones y pueblos indígenas, de las mujeres y cristianos en su sed de igualdad, de los ecologistas y su defensa de la naturaleza, que no pase por la subversión de esa estructura monopólica que enfrentan los partidos. Nadie en ese proceso es el poseedor unilateral de ninguna verdad absoluta, y a la vez todos tenemos un poco que aportar en la construcción de la gran verdad histórica de nuestro tiempo. El libro de Pancho parte de una sintonía con ese clamor, recoge el reto de participar en la reescritura de la historia de los movimientos sociales y lo hace con la autoridad moral de quien se partió el lomo en mil jornadas de compromiso con su pueblo.

Es por eso que su colección de ensayos ha sido certeramente calificada por Francois Houtard – unos de los Fundadores del Foro Mundial de Alternativas,- cuando dice “este libro de Francisco Hidalgo es un mensaje de esperanza....[inscrito]...en la gran tradición latinoamericana de

denuncias y llamadas a la acción”. Un llamado a la acción, completaría yo, impregnado de un profundo humanismo marxista; aquel humanismo que nos permite sostener que “la revolución de los pobres es la ternura de los pueblos”; aquel humanismo que empujó con tanta fuerza el Che con su proyecto del nuevo ser humano; aquel que baña las innumerables páginas en las que Marx acertó y sigue vivo; acertó claro está, no en todo, pero si en lo que cuenta y está vigente; humanismo terco ante una sucesión de obstinadas disuaciones porque se basa en una forma de utopía, la utopía comunista, que si se analiza sin prejuicios, se descubre bañada de la misma sabiduría de tantas otras utopías cercanas, que fueron forjando los pueblos en su recorrido por la historia, cuando dejaban correr lo mejor de su imaginación y su espíritu solidario: para unos la construcción solidaria de lo humano adoptó la forma de “comunismo” en la Europa Moderna, donde se gestó también un proyecto aun inconcluso de humanidad, muy distante de los programas concretos que terminaron siendo en esa parte del mundo los “socialismos realmente existentes”; construcción que se concreta como la “comuna”, en las sabias sociedades indígenas de los Andes; proyecto humano que se implementó como “comunidades de base”, en los círculos cristianos comprometidos con la opción por lo pobres; tres nombres, tres manifestaciones de un mismo proyecto o sueño que siguen necesitando los pueblos soñar; utopías inspiradas en última instancia en un mismo acumulado humano filosófico, siempre atacado rabiosamente desde el Poder; utopías preñadas -en eso tenía razón Nietzsche-, de los mismos principios de igualdad que mueven a la que él llamaba la “chusma socialista y judeo-cristina”, y a los que denunció como “filosofía de grupos débiles, incapaces de competir unos con otros por el éxito individual”, expresiones que convierten al autor del “Anticristo”, en una especie de temprano heraldo del Neoliberalismo.

De ahí la importancia y palpitante actualidad de los argumentos del “Pancho” en su búsqueda de “Alternativas al Neoliberalismo y Bloque Popular”; trabajo socio-político que eslabona tres dimensiones del análisis de la lucha social: el rescate de la memoria colectiva; la reconstrucción del sujeto histórico; y el fortalecimiento de un proceso solidario de construcción de alternativas emancipadoras. Por esa ruta, el libro formula sólidas hipótesis interpretativas, entabla una discusión sobre el sentido de algunas categorías de las ciencias sociales y asume su propia lectura de Gramsci, dando a ciertas categorías del insigne luchador italiano, una vigencia y un perfil ecuatorianos.

En ese camino recorrido por nuestro compañero autor, caben destacarse dos aportes de palpitante actualidad para la búsqueda del sujeto histórico. Me refiero en primer lugar a su rescate de la diferencia entre los conceptos de “frente único” y “bloque popular”, como dos interpretaciones de la unidad. El *frente único* es un mecanismo que enfatiza el sujeto corporativo, y que se centra en un programa de reivindicaciones económicas estatales relacionadas con los problemas de la propiedad y el Estado; mientras que la propuesta de *bloque popular*, se abre a la universalidad de sujetos políticos y, si bien asume como determinantes las condiciones estructurales, otorga el sitio que les debe corresponder a la cultura y a las concepciones de vida, sin cuya atención, es imposible acercarse a un real proceso emancipador. Distinción clave para entender el sentido de la construcción política y el argumento de Thompson de que “el socialismo no es solamente una forma distinta de organizar la producción, sino también y fundamentalmente, una forma de producir la naturaleza humana”. Pensadas las cosas de ese modo, se puede comprender, como lo afirma el propio autor, el porqué de la amplia convocatoria lograda por las organizaciones indígenas y

los movimientos sociales en momentos históricos como el del 21 de Enero, que no sólo respondían a una lucha contra la dolarización y las privatizaciones, sino que además expresaban el anhelo profundo de una nueva dirección ético cultural.

Y en segundo lugar, Francisco adelanta una formulación científica original cuando, mediante una especie de ruptura epistemológica respecto a la categoría sociedad civil, le añade la necesaria adjetivación de *sociedad civil de los pobres*, diferencia formalmente pequeña pero conceptual y políticamente enorme, que encarrila el análisis en una auténtica línea contrahegemónica, deslindando campos con los usos funcionalistas del término sociedad civil, que repletan las páginas de las más conservadoras propuestas de gobernabilidad como las que empuja el Banco Mundial y sus satélites oficiales y no gubernamentales.

Pancho incorpora en su visión el legado gramsciano que sostiene que la dominación no se ejerce solamente por medio del monopolio de la riqueza material y de la fuerza, sino que se reconstruye como creación de una hegemonía, de una dirección moral y racionalidad instrumental y descomprometida, que se vuelven posibles por la expropiación de lo que somos, de nuestras raíces, de nuestra memoria y de nuestras organizaciones y gremios, aspectos medulares de todo movimiento social.

Y la tecnología de la información juega un papel clave en ese despojo, pues opera como un sistema de *vaciamiento de los datos del conocimiento*, de su contenido histórico-social, de sus dimensiones étno-culturales y de género, un proceso de saturación de ambigüedades, segmentaciones y arreglos, que alimentan la gobernabilidad. La tecnología de la información y el conocimiento científico-tecnológico convertido en la más preciada mercancía, facilitan el dominio global sobre la economía y las vidas del mundo periférico, pero también han hecho posible la *globalización de la hegemonía*, el control de la opinión pública, empujando una atomización del sujeto social en múltiples actores o movimientos inconexos, o apenas conectados por la ilusión de una red.

Es por todo eso seguramente que Francisco Hidalgo asume como objeto central de la obra la construcción del sujeto social y la fundamentación de una alternativa popular emancipadora. Reconoce acertadamente que dicho análisis tiene que insertarse en una comprensión de las formas de propiedad y las relaciones de poder económico de nuestra sociedad monopólica, pero evita caer en el cerco economicista. Proclama la importancia de la diversidad, pero no la atomizada diversidad del mundo plano consumista; diverso eso sí, en modas y gustos de compradores acrílicos, pero huérfano de identidades históricas. No la diversidad que busca hacernos perder el sentido unitario del sujeto, romper toda posibilidad de su eslabonamiento temporal, condenarlo a un eterno presente donde no hay campo para la “memoria y el “relato” integral, que se disipa en la inmediatez de un mundo sin referentes y que se pierde en un aplanamiento de lo temporal, lo que Jameson llama el “aplanamiento del espacio”; un mundo sin historia, donde las palabras, los signos e imágenes, ya no refieren más que palabras, signos e imágenes; una concepción posmoderna que desacredita los modelos de interpretación en profundidad y, entre ellos claro está el marxismo, por ejemplo, o la posición étnica revolucionaria a la que se quiere descalificar cuando se asevera, por ejemplo, que los indígenas anduvieron bien al principio, pero que ahora se están politizando. El temor que subyace a todas esas manipulaciones es el temor al sujeto histórico y la posible integración de un bloque

popular articulado que permita reconstruir el control de la economía por lo político y la devuelva lo ético a lo económico.

Un mérito importante que cabe ponerse de relieve en una obra escrita por un militante de una línea política definida, es su clara oposición al sectarismo, característica defendida retóricamente por todos pero practicada por muy pocos. No existe un párrafo de su obra en que se filtre o pueda ser detectado por el lector atento un solo argumento o palabra que tenga que ver con una postura sectaria o un sesgo unilateral del análisis, ni un solo intento de destacar artificiosamente un exclusivo protagonismo partidario. Eso debe ser producto de una gran seguridad ideológica, de una madurez política y de una filosofía de la praxis para la cual el camino más sensato es, como el propio autor lo describe, tender puentes entre la gente que construye propuestas alternativas, para mantener una dirección colectiva, una conducción multilateral y asumir una racionalidad política y filosófica distintas, bases necesarias para construir una nueva hegemonía.

El libro constituye una réplica a la rigidez del dogmatismo, pero no se brinda a dudosas mediaciones como la llamada “tercera vía”, falsa ilusión que confunde necesaria crítica a los errores históricos del socialismo, con la aceptación de un supuesto capitalismo social o liberalismo social –como la ha denominado Sen- que son simples y bien intencionadas ilusiones, inspiradas en un reformismo que aun no rompe amarras con el pasado y se quiebra la cabeza imaginando fórmulas de equidad, en una sociedad brutalmente controlada por el capitalismo monopólico.

Como suele acontecer con las obras sugerentes y proyectivas, las hipótesis y líneas de investigación que el propio autor ha dejado abiertas, le comprometen a un gran trabajo futuro que cumpla las profundizaciones por él perfiladas, y eso va a poner en su máxima tensión las demandas que los argumentos del libro exigen al propio autor.

Lo que ha hecho Francisco Hidalgo es avanzar, pero sin traicionar la memoria; trabajar en el sujeto pero sin atenerse a la anacrónica rigidez de una definición extemporánea del proletariado, ni al movimientismo fraccionario; teorizar pero consciente, como lo diría Floresmilo Simbaña, que “la realidad es más rica que la teoría y que las bases muchas veces tienen mayor visión estratégica que las dirigencias”. El ha sometido lo político a un cuestionamiento, para rescatar la economía y devolverle su capacidad explicativa de lo político; y ha sometido lo económico a un cuestionamiento, para que aflore la fuerza determinante de la cultura y la vasta diversidad de lo político. Su obra prima es seguramente el guión de sus angustias e inquietudes políticas, por eso busca proyectar algunos argumentos alternativos pero sin creer que el Estado socialista es un proyecto para dominar al ser humano, para construirle desde arriba su naturaleza socialista, sino que es una herramienta de un poder transitorio, que debe construirse como lo diría Lenin, para avanzar hacia su propia extinción, única forma en que pueda constituirse en una herramienta para crear una “sociedad humana y una humanidad socializada”, no como certeza de un imperativo de progreso inevitable, sino como la posibilidad de que el talento popular, el saber colectivo y el conocimiento científico, mediante jornadas de emancipación real, encuentren un camino distinto a la barbarie capitalista.